

---

# MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES

Se cumplía la palabra del Señor cuando, al desterrar a nuestros primeros padres del Paraíso, dijo a la serpiente: *pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza, y tú le morderás el calcañar* <sup>1</sup>.

Llegaba el Salvador del mundo para liberarnos del pecado y de la muerte, para hacernos hijos de Dios. La creación entera había suspirado por ese momento durante siglos y siglos de larga espera, en que los patriarcas y los profetas clamaban por el anhelado día en que *una virgen concebirá y dará a luz a un hijo a quien pondrán por nombre Emmanuel, que significa: Dios con nosotros* <sup>2</sup>.

## *Maternidad virginal de Santa María*

*Cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de mujer* <sup>3</sup>. La elegida y predestinada desde toda la eternidad para ser Ma-

---

(1) *Genes.* III, 15.

(2) *Isai.* VII, 14.

(3) *Galat.* IV, 4.

dre del Salvador fue una doncella de la casa de David, a la que la liturgia aplica aquellas palabras de la Sabiduría divina: *desde la eternidad fui predestinada, y desde antiguo, antes de que la tierra fuese hecha. Aún no existían los abismos y yo ya estaba concebida; aún no habían brotado las fuentes de las aguas; aún no estaban asentados los montes sobre su pesada mole; aún no había collados cuando yo había nacido; aún no había hecho El la tierra, ni los ríos, ni los polos de la redonda tierra* <sup>4</sup>.

Un ángel, enviado de Dios, le anuncia: *no temas, María, porque has hallado gracia a los ojos de Dios: concebirás en tu seno, y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin* <sup>5</sup>. La Virgen María se somete fielmente a la voluntad divina. Pregunta al Ángel: *¿cómo será esto?* <sup>6</sup>; y, entendido lo que el Señor quiere, asiente: *hágase en mí según tu palabra* <sup>7</sup>. Esa respuesta de la Virgen, *fiat!*, da inicio al gran misterio de la Encarnación, que es el más maravilloso, el comienzo de nuestra Redención <sup>8</sup>.

Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba —escribió nuestro Padre—, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, Hijo verdadero de María; por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre —sin confusión— la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: *Madre de Dios* <sup>9</sup>.

En efecto, *al ser Dios verdadero el que de Ella nació, es Madre de Dios (...). No porque la divinidad del Verbo tuviese en Ella su principio de existir, sino porque el mismo Verbo —engendrado por el Padre antes*

(4) *Prov.* VIII, 23-26.

(5) *Luc.* I, 30-33.

(6) *Luc.* I, 34.

(7) *Luc.* I, 38.

(8) De nuestro Padre.

(9) *Amigos de Dios*, n. 274.

de que hubiese tiempo—, por nuestra salvación —en un tiempo no lejano—, habitó en sus entrañas, y tomó carne de Ella, sin sufrir El mutación. La Virgen María no engendró a un puro hombre, sino a Dios verdadero <sup>10</sup>. Este es el gran misterio del dogma de la maternidad divina de María: además del milagro de que una virgen sea madre, que su hijo sea el mismo Hijo unigénito del Padre. Es algo estrictamente sobrenatural.

Porque convenía a la santidad y dignidad del Hijo, Dios quiso que la hermosura virginal adornase a su Madre antes, en y después del nacimiento. Nuestro Señor fue concebido por una Virgen, sin intervención paterna, sin menoscabo de la integridad maternal <sup>11</sup>. La concepción de Cristo se realizó según la palabra del Angel: *el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* <sup>12</sup>. Pero como era conveniente que la Madre de Dios no estuviese sola, que hubiese un varón que cuidase de la Virgen y del Niño, Dios eligió a San José para que hiciese de padre a Jesucristo.

A los ojos de sus contemporáneos, la familia de Nazaret era una más. En ella, Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia, bajo los cuidados maternos de María, que atendía las labores de la casa, la alimentación y el vestido del Señor. También gracias a las atenciones que le prodigó San José, a su abnegación, a su servicio, Jesucristo se preparó durante treinta años para su vida pública, que se coronaría en el sacrificio redentor de la Cruz.

### *Sede de todas las gracias*

De la elección de la Virgen como Madre de Dios, proceden todas las gracias, virtudes y perfecciones que adornan y embellecen a María Santísima. *¿Cómo nos habríamos comportado, si hubiésemos podido escoger la madre nuestra? Pienso que hubiésemos elegido a la que tenemos,*

(10) San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa* 3, 12.

(11) San León Magno, *Sermo* 22, 2.

(12) *Luc.* 1, 35.

llenándola de todas las gracias. Eso hizo Cristo: siendo Omnipotente, Sapientísimo y el mismo Amor, su poder realizó todo su querer (...). Los teólogos han formulado con frecuencia un argumento semejante, destinado a comprender de algún modo el sentido de ese cúmulo de gracias de que se encuentra revestida María, y que culmina con la Asunción a los cielos. Dicen: convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo. Es la explicación más clara de por qué el Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios <sup>13</sup>.

La Virgen Santísima, por el hecho de ser Madre de Dios, tiene una dignidad en cierto modo infinita, a causa del bien infinito que es Dios. Y en esa línea no puede imaginarse una dignidad mayor, como no puede imaginarse cosa mayor que Dios <sup>14</sup>. Está por encima de todos los Angeles y de todos los Santos. Es, después de la Humanidad Santísima de Cristo, el reflejo más puro de la gloria de Dios. En la Madre del Salvador brilla como en ninguna otra criatura la participación de las perfecciones divinas: la Sabiduría, la Justicia, la Bondad... Nada manchado hay en Ella. Es el esplendor de la luz eterna, el espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad <sup>15</sup>.

Santa María es Madre de Dios, Hija de Dios, Esposa de Dios. Madre, porque dio a luz a Dios hecho hombre. Hija, porque es criatura de Dios, la más excelsa, la más sublime, aquella en quien Dios más se complace, la que le da más gloria; más que todas las otras criaturas juntas. Esposa, porque, merced a la acción del Espíritu Santo, dio a luz a Cristo. Más que Ella sólo Dios <sup>16</sup>. Por todos esos motivos, es justo que Nuestra Señora sea objeto de una veneración singularísima. Si se veneran todos los justos, ¿quién es el que no alabará a la fuente de la Justicia y al tesoro de la Santidad? Ni la lengua de los hombres, ni la mente de los Angeles, que es la más sublime del mundo, pueden dignamente ensalzarla <sup>17</sup>.

En efecto, enseña el Magisterio de la Iglesia que *la Madre de Dios fue la sede de todas las gracias divinas y que fue adornada con todos los*

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 171.

(14) Santo Tomás, *S.Th.*, I, q. 25. a. 6, ad 3.

(15) *Sap.* VII, 25-26.

(16) De nuestro Padre.

(17) San Juan Damasceno, *Oratio in dormitionem* 1.

carismas del Espíritu Santo, hasta el punto de no haber estado nunca bajo el poder del mal y de merecer oír, participando a una con su hijo de una bendición perpetua, aquellas palabras que Isabel pronunció movida por el Espíritu Santo: "bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre" (Luc. I, 42) <sup>18</sup>. Al constituir Dios a su Madre en la cima de la santidad, llenándola de gracias, nos expresa su voluntad de que la honremos en cuanto nos sea posible. Alabar a María es alabar al Hijo y, por El, a la Trinidad Santísima: ¿qué hijo no se goza en que honren a su madre? ¡Cuánto más Jesucristo que, siendo Dios, ama a su Madre más que todos los hijos del mundo!

### Con cuidados de Madre

Tenemos además con la Virgen una deuda de gratitud y amor que jamás podrá ser satisfecha, porque Ella, al darnos al Redentor, nos ha abierto las puertas del Cielo. Santa María es el *acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franqueó a nosotros (...)*. Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiéramos por María <sup>19</sup>.

Cuando Cristo se hallaba en el Gólgota, en la agonía de la muerte en la cruz, *habiendo mirado a su Madre, y después al discípulo que amaba, que estaba allí, dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; después dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre. Y desde ese momento el discípulo la recibió en su casa* <sup>20</sup>.

Con estas palabras el Señor quiso revelarnos un misterio iniciado años atrás, cuando la Virgen aceptó, con su *fiat*, ser Madre del Redentor. Desde aquel mismo instante, Nuestra Señora se convirtió en Madre espiritual de todos los hombres. *Por María Virgen, la misma Vida fue*

(18) Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854.

(19) San Bernardo, *Sermo in Nativitate Mariae* 4-7.

(20) *Ioann.* XIX, 26-27.

introducida en el mundo, de manera que, al dar a luz al Viviente, es Madre de los vivientes <sup>21</sup>. Santa María, engendrando en su seno al Salvador, indirectamente nos engendró a todos los que, por su Hijo, seríamos regenerados a nueva vida.

*En el mismo seno de la castísima Madre, Cristo tomó carne mortal y, al mismo tiempo, se adhirió un cuerpo espiritual, formado por los que habían de creer en El. De tal manera que puede decirse que María, llevando en su seno al Salvador, llevaba también a todos aquéllos para quienes la vida estaba contenida en la vida del Salvador. Todos, pues, los que estábamos unidos a Cristo (...), hemos salido del seno de la Virgen a semejanza de un cuerpo unido a su cabeza. Por eso somos llamados, en un sentido espiritual y místico, hijos de María, y Ella es Madre de todos nosotros <sup>22</sup>.*

Esa maternidad espiritual de María culminó en el Calvario. Cuando todos desertan, y los mismos Apóstoles han huido, María está al lado del Señor, *iuxta crucem Iesu* <sup>23</sup>, junto a la Cruz de Jesús, en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, sufriendo y padeciendo con su Hijo, corredimiendo. *Con razón piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, "obedeciendo se convirtió en causa de de salvación para sí misma y para todo el género humano" (Adv. Haer. III, 22, 4). Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él en su predicación que "el nudo de desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María mediante su fe"; y, comparándola con Eva, llaman a María "Madre de los vivientes", afirmando aún con mayor frecuencia que "la muerte vino por Eva, la vida por María" <sup>24</sup>.*

Después de su Asunción al Cielo, en plena unión y dependencia de la Trinidad Santísima, Nuestra Señora ejercita su oficio de Madre cuidando y aplicando a cada uno de sus hijos, individualmente, todas las gracias que mereció con Jesucristo. Como a la Iglesia, también a María se aplican las palabras del Apocalipsis: *apareció un gran prodigio en el*

(21) San Epifanio, *Adversus haereses* 78, 18.

(22) San Pío X, Litt. enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904.

(23) *Ioann.* XIX, 25.

(24) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 56.

cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, gritaba con ansias de dar a luz, y sufría dolores de parto <sup>25</sup>. Y comenta San Pío X: vio, pues, San Juan a la Madre de Dios gozando ya en la eterna bienaventuranza y, sin embargo, en los dolores de un misterioso alumbramiento. ¿Cuál? El nuestro indudablemente, que, detenidos todavía en este destierro, tenemos necesidad de ser engendrados al perfecto amor de Dios y a la eterna felicidad. Cuanto a los dolores de parto, señalan el ardor y el amor con que María vela por nosotros desde lo alto del cielo y trabaja con infatigables oraciones para llevar a su plenitud el número de los elegidos <sup>26</sup>.

Era muy conveniente que a los hombres se nos diese una Madre a quien acudir y acogerse para crecer en la Vida de la gracia. Sin embargo, María es Madre nuestra no sólo porque nos ama como una madre o porque hace sus veces, ocupando una posición semejante a las madres adoptivas de la tierra. La maternidad espiritual de Nuestra Señora es muy superior, más efectiva que cualquier maternidad legal o de afecto. Es Madre nuestra porque realmente nos ha engendrado en el orden sobrenatural. Si se nos ha dado poder de llegar a ser hijos de Dios, de participar en la misma naturaleza divina <sup>27</sup>, es merced a la acción redentora de Cristo, que nos hace semejantes a El. Pero ese influjo pasa a través de María. Y así, del mismo modo que el Padre tiene un solo Hijo según la naturaleza, e innumerables según la gracia, por María, que es Madre de Cristo según el cuerpo, hemos llegado a ser hijos de Dios según el espíritu.

Como Madre que es, y en virtud del lugar preeminente que ocupa en el Cuerpo Místico, de su mano recibimos todo el alimento espiritual, la defensa contra los enemigos del alma, el consuelo en las aflicciones y el socorro en las necesidades; en una palabra, su solicitud amorosa, porque somos sus hijos. ¡Madre! —Llámala fuerte, fuerte. —Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de

(25) Apoc. XII, 1-2.

(26) San Pío X, Litt. enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904.

(27) Cfr. II Petr. 1, 4.

su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha <sup>28</sup>.

La Virgen intercede de continuo ante Dios por todos, y se esfuerza en conducirnos por camino seguro hasta el Señor. *Dio a los santos la recompensa de sus trabajos, guiándolos por un camino de prodigios, y fue para ellos sombra en el día y luz de astros en la noche* <sup>29</sup>.

### *Honrar a María*

La devoción a María no es una devoción más. En la vida de quien ama a Dios no puede faltar el amor a la criatura a quien Dios más ama. Por eso, el amor a la Virgen es signo distintivo de buen espíritu en las obras de apostolado. *No nos ha de extrañar que, los que no desean que los cristianos vayan a Jesús —o que vuelvan a El, si por desgracia lo han perdido—, empiecen silenciando la unión a Nuestra Señora o sosteniendo, como hijos ingratos, que las tradicionales prácticas de piedad están superadas, que pertenecen a una época que se pierde en la historia. Las almas desgraciadas, que alimentan esa confusión, no perciben que quizá involuntariamente cooperan con el enemigo de nuestra salvación, al no recordar aquella sentencia divina: pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo (Gen. III, 15)* <sup>30</sup>.

En la Obra, esta doctrina tradicional encuentra su marco, que la vigoriza y engrandece, en el espíritu de filiación divina, que es el fundamento de toda nuestra ascética. Somos otros Cristos, hijos de Dios, hermanos del *que es imagen del Dios invisible, primogénito entre toda criatura* <sup>31</sup>, y por eso, hijos de la Virgen María, Madre del Salvador. *En el Opus Dei, junto a la filiación divina, tenemos el sentido vivísimo de nuestra filiación a María* <sup>32</sup>. De ahí el sentido hondamente mariano de

---

(28) *Camino*, n. 516.

(29) *Sap.* X, 17.

(30) De nuestro Padre, *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Madrid, 1976, pp. 97-103.

(31) *Col.* I, 15.

(32) De nuestro Padre.

nuestra vida, que se manifiesta —somos hijos pequeños— en multitud de muestras de amor: jaculatorias, miradas a las imágenes de la Virgen, mortificaciones pequeñas, oraciones...

*Sed piadosos, hijos de mi alma. Ya desde que os levantáis por la mañana, decid a Nuestra Señora con amor las oraciones que seguramente os enseñaron vuestras madres; yo las rezo despacio: Bendita sea tu pureza...; ¡Oh Señora mía!, ¡Oh Madre mía!... Son unas plegarias encantadoras. Repetidlas mientras os arregláis, hasta que llegue el momento de recibir al Señor* <sup>33</sup>. Detalles menudos, ramillete de flores diminutas, que ponemos cada día a los pies de Nuestra Señora. Porque, en la Obra, por voluntad de Dios, la devoción a la Virgen ha quedado firmemente plasmada en nuestro plan de vida. Por eso, al examinar este aspecto capital de nuestra conducta, hemos de responder en primer lugar a aquellas preguntas de nuestro Padre: *¿cómo me cuidas las Normas y Costumbres marianas? ¿Cómo tratas de cumplir los detalles de amor encantadores, que hay en cada una? ¿Con qué deseo de agradar a Santa María, que es el conducto, el canal, por el que vienen desde su Hijo todas las gracias que necesitan tus hermanos, la Obra, la Iglesia Santa, la humanidad entera?* <sup>34</sup>.

Con el fiel y amoroso cumplimiento de nuestras Normas y Costumbres marianas, se hará realidad en nuestra vida eso que la Iglesia desea para sus hijos: *que la vida de los cristianos se conforme lo más posible a la imagen de la Virgen. De la misma manera que todas las madres experimentan un suavísimo gozo cuando ven en el rostro de sus hijos una peculiar semejanza con sus propias facciones, así también nuestra dulcísima Madre María, cuando mira a los hijos que junto a la Cruz recibió en lugar del suyo, nada desea más y nada le resulta más grato que ver reproducidos los rasgos y virtudes de su propia alma en sus pensamientos, palabras y acciones* <sup>35</sup>.

Para lograrlo, cobra especial relieve el consejo de nuestro Padre, cuando nos exhortaba a *conservar en nuestra mente y en nuestra memoria un ordenado resumen de la vida de la Madre de Dios. Habréis ojeado*

(33) De nuestro Padre, Meditación, 7-XII-1953.

(34) De nuestro Padre, Meditación, 25-III-1955.

(35) Pío XII, Epist. enc. *Fulgens corona*, 8-IX-1953, n. 9.

en tantas ocasiones esos prontuarios, de medicina, de matemáticas o de otras materias. Allí se enumeran, para cuando se requieren con urgencia, los remedios inmediatos, las medidas que se deben adoptar con el fin de no descaminarse en esas ciencias.

Meditemos frecuentemente todo lo que hemos oído de nuestra Madre, en una oración sosegada y tranquila. Y, como poso, se irá grabando en nuestra alma ese compendio, para acudir sin vacilar a Ella, especialmente cuando no tengamos otro asidero <sup>36</sup>. Porque ¿quién va a ser mejor Maestra de amor a Dios que esta Reina, que esta Señora, que esta Madre, que tiene la relación más íntima con la Trinidad: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo, y que es a la vez Madre nuestra? <sup>37</sup>.

### *Reina y Madre del Opus Dei*

Para los hijos de Dios en su Opus Dei, Santa María es además Madre por un título especial, ya que de sus manos hemos recibido la gracia soberana de la vocación, que nos lleva a identificarnos especialmente con Jesucristo. *Dadle gracias al Señor, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* —exclamaba nuestro Fundador—; *gracias a María Santísima, por quien nos vienen todas las gracias del Cielo como canal divino: gracias por esta gracia, que es la más grande que el Señor ha podido conceder a una criatura: esta llamada* <sup>38</sup>.

Además, la Virgen vela en todo momento por nuestra perseverancia, comunicándonos las gracias actuales necesarias, ayudándonos en las dificultades y contradicciones que puedan aparecer en el camino, brindándonos en su corazón maternal un puerto seguro, que da la paz, la alegría. *No hay tempestad que pueda hacer naufragar el corazón de la*

(36) *Amigos de Dios*, nn. 279-280.

(37) De nuestro Padre.

(38) De nuestro Padre.

Virgen. Cada uno siente también las tempestades. Pero si lucháis, si os metéis en el refugio firme de María, podéis estar seguros <sup>39</sup>.

En el Corazón de Nuestra Señora encontramos siempre la seguridad y la paz. *Una criatura débil* —escribió nuestro Fundador— *se refugia en el regazo de su madre. Y nosotros, hombres recios, sí, lanzados en medio de todos los caminos de la tierra; nosotros, en medio de esa fortaleza que no nos ha de faltar, hemos de vernos pequeños, necesitados de todo, débiles; y entonces hemos de arrojarnos en el regazo de nuestra Madre del Cielo, con esas jaculatorias, con esas miradas de afecto, con esas Normas y Costumbres marianas que están en la entraña de nuestro espíritu* <sup>40</sup>. La devoción a la Virgen es parte integrante de nuestro camino.

María Santísima es, además, *Regina Operis Dei*, Madre que ama de un modo singular al Opus Dei: porque es enteramente de su Hijo, porque no busca sino cumplir la voluntad divina, y porque la Obra y cada uno de sus miembros estamos consagrados a su Corazón Dulcísimo e Inmaculado. *Nosotros hemos estado siempre —como Jesús— pegadicos a su Madre, María, la Madre de Dios, que ha sido la Madre del Opus Dei, la Reina del Opus Dei, nuestra hermosura... Filialmente pegados a la Madre de Dios* <sup>41</sup>.

Santa María ha velado en momentos difíciles de nuestra historia, y vela siempre por la Obra con cariño, con mimo y diligencia. *Nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora. Ha sido la Madre buena que nos ha consolado, que nos ha sonreído, que nos ha animado en los momentos difíciles de la lucha bendita para sacar adelante este ejército de apóstoles en el mundo* <sup>42</sup>.

A María, *esperanza del mundo, mansa, piadosa, llena de caridad, Virgen dulce y serena, rosa sin espinas, medicina de los pecadores*, como la alaba un cantar antiguo, acudimos con la confianza de los hijos pequeños. *Sacaréis nuevas luces, aprenderéis muchas cosas buenas en el trato con la Santísima Virgen. Adquiriréis mayor visión sobrenatural, para andar este camino del Opus Dei; y pediréis a nuestra Madre del Cielo esa*

(39) De nuestro Padre.

(40) De nuestro Padre.

(41) De nuestro Padre.

(42) De nuestro Padre.

luz, esa gracia que pasa por sus manos —desde el Corazón de su Hijo—, para todos los que formamos parte de esta gran familia.

Y entonces, como tú serás mejor —también yo procuraré serlo—, los frutos de la Obra resultarán cada día mayores: habrá más vocaciones, más deseos de santidad en todos esos hijos e hijas de Dios en el Opus Dei, más alegría en el trabajo cotidiano, más extensión de nuestras labores apostólicas: facetas, colores nuevos, de este impulso divino y radiante que es el Opus Dei en el mundo <sup>43</sup>.

---

(43) De nuestro Padre, Meditación, 25-III-1955.